

intenta mantener, siempre que sea posible, cualquier puntuación que parezca más estilística que gramática... aunque siempre inclinándonos a la mínima intervención posible” (p. 136). Si bien el presente esfuerzo es loable por presentar una edición limpia y, quizá, de más fácil lectura, sigue quedando pendiente la publicación del texto de *Poeta en Nueva York* que el poeta dejó en las oficinas de Cruz y Raya poco tiempo antes de que estallara la guerra civil. Y su publicación se vuelve todavía más urgente cuando se recuerda que estamos ante un libro que se ha visto envuelto en polémicas que se esperaba que la aparición del original resolviese completamente.

GABRIEL ROJO
El Colegio de México

DANIEL ZAVALA MEDINA, *Borges en la conformación de la “Antología de la literatura fantástica”*. Universidad Autónoma de San Luis Potosí-Porrúa, México, 2012.

En la “Posdata de 1947”, al final de “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, incluido en la *editio princeps* de la *Antología de la literatura fantástica* (1940), el narrador registra las intrusiones del “mundo fantástico en el mundo real”. Las pruebas resultan tan contundentes que, con cierta resignación, concluye que “el mundo será Tlön”. Una muestra más de la invasión tlöniana –que el narrador no registra, pero sí induce– quizá sea la difusión de la idea de que “la metafísica es una rama de la literatura fantástica”. En el contexto de la literatura hispanoamericana, en general, y de la argentina, en particular, Borges sería su principal promotor, heredero, acaso, de esa “dispersa dinastía de solitarios [que] ha cambiado la faz del mundo”. ¿De qué otra manera se puede entender la defensa del postulado referido en “Tlön...”, luego ampliado en la nota a la traducción que Borges hizo de la “Fantasía metafísica” del “apasionado y lúcido Schopenhauer”:

Si nos avenimos a considerar la filosofía como un ramo de la literatura fantástica (el más vasto, ya que su materia es el universo; el más dramático ya que nosotros mismos somos el tema de sus revelaciones), fuerza es reconocer que ni Wells ni Kafka, ni los egipcios de las *1001 NOCHES* jamás urdieron una idea más asombrosa que la de este tratado (*Anales de Buenos Aires*, 1946, núm. 1, p. 54).

Es curioso que Borges adjudique las *Mil y una noches* a los egipcios y no a los árabes, aun cuando aquéllos seguramente contribuyeron en la constitución del corpus hoy conocido. La nota citada representa

más una exposición del concepto borgeano sobre la literatura fantástica que sobre el sistema filosófico del alemán, cuya filosofía idealista asentada en *Parerga und Paralipomena* habría servido de base para la concepción del *brave new world* tlöniano.

Entre los eventos referidos en la “Posdata de 1947”, escrita sin embargo en 1940, el ya resignado narrador de “Tlön...” omitió el hecho de que el escritor argentino Jorge Luis Borges publicó una defensa del concepto de literatura fantástica tlöniano, en la revista *Anales de Buenos Aires*, núm. 1, de 1946, p. 54, como una muestra más de la irrupción inminente del mundo postulado por Borges en un cuento publicado en el número 68 de *Sur*, de mayo de 1940, y recogido en la *Antología de la literatura fantástica* (del mismo año), firmada por el mismo Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares. Así vista, la obra de Borges deviene una suerte de uroboro, de literatura autófaga. Con mayor perspicacia, habría que notar la intención de Borges por ampliar los márgenes no sólo de los géneros, sino del mismo campo literario.

Se me perdonará esta digresión inicial, pero lo hice para justificar una pregunta: según la lógica de la literatura fantástica en “Tlön...”, ¿no será la *Antología de la literatura fantástica* otra intrusión del artificial universo idealista en el “mundo real”? Como lo hace notar Daniel Zavala, en su libro *Borges en la conformación de la “Antología de la literatura fantástica”*, en esta obra paradigmática no sólo se considera a “la filosofía como un ramo de la literatura fantástica”: el teatro de los Siglos de Oro, la prosa medieval, el relato policial, la ciencia ficción y la disquisición religiosa, tanto en textos íntegros como fragmentarios; no importa la geografía: hay textos de Occidente, Oriente y Medio Oriente; de cualquier época: desde el siglo III antes de nuestra era hasta, por lo menos, 1940; de cualquier autoría: anónimos, autógrafos y apócrifos. Imagino que la misma noción de autor dominante en Tlön, intemporal y anónimo, atraviesa la *Antología de la literatura fantástica*.

Mientras leía el estudio de Zavala Medina, me preguntaba cómo bautizar su estilo, porque procede por negaciones que luego no se cumplen, y di con la paralipsis o preterición como elemento estructural de su exposición. Ignoro si emplea este recurso por modestia o para atraer la atención del lector. Daniel Zavala empieza por aceptar que no desarrolla temas relacionados con la colaboración autoral entre Borges, Bioy y Ocampo, entre otros el uso de seudónimos, la traducción, la coautoría, las relaciones entre autor-escritor-narrador o la originalidad y propiedad de la escritura; sin embargo, trabaja sobre un texto conformado en colaboración tripartita y discierne sobre los aportes de Borges y Bioy Casares a lo largo de su análisis (apenas si menciona a Silvina Ocampo); desvela, asimismo, un caso de autoría apócrifa.

En su estilo paralítico, Zavala tampoco propone “establecer directamente el grado de participación de Bioy en la conformación de la *Antología...*” y dialoga con él durante todo el libro; lo contradice y, a

menudo, lo enmienda con elegancia. Tampoco es su materia, dice, el problema de la traducción y, sin embargo, dedica por lo menos doce páginas a dilucidar la fuente, las traducciones y el supuesto carácter apócrifo de *Memorabilia*, de Loring Frost. Finalmente, agrega: “no examinaré... la segunda edición de la *Antología de la literatura fantástica*, publicada en 1965, 25 años después del libro original”. Las conclusiones, no obstante, presentan una apretada, pero sustanciosa, comparación de las dos ediciones de la *Antología de la literatura fantástica*.

En términos generales, la estructura de *Borges en la conformación de la “Antología de la literatura fantástica”* presenta, en el primer capítulo, “Los años previos a la *Antología de la literatura fantástica*”, un extenso recuento de cómo evolucionó la concepción del arte narrativo, y la magia, en la poética borgeana desde la tercera década del siglo xx; ahí, Daniel Zavala reconstruye las batallas de Borges contra el canon imperante de la narrativa de corte social y psicológico, contra Rojas y Gálvez, por un lado, y contra Mallea, por el otro. ¿Y Quiroga y Arlt y Marechal, adónde quedarían en esta disputa por el espacio simbólico de la primera mitad del siglo xx en Argentina? No sabría ubicarlos en ninguna de las dos corrientes combatidas por Borges, según la interpretación de Zavala.

En el segundo capítulo, “Una caracterización de lo fantástico en la *Antología de la literatura fantástica*”, más que decantarse por una definición que le permitiera abarcar todos los textos de la *Antología*, el autor asume el reto de perfilar el concepto adoptado por los antólogos (y aquí el desmontaje de los argumentos de Bioy Casares, como autor del prólogo, resulta impostergable); la razón, en palabras del investigador: “Desde mi perspectiva, ninguno de los esfuerzos teóricos con que contamos logra dar cuenta cabal de todas y cada una de las características del volumen”. Y es más que cierto, como se desprende de las complicaciones genéricas, autorales y textuales ya referidas. El capítulo muestra un minucioso análisis del prólogo de la *Antología*, firmado por Bioy Casares, un ejercicio de deconstrucción que ayuda a ver la porosidad de los argumentos vertidos por el autor de *La invención de Morel*.

Por último, en el tercer capítulo, “La *Antología de la literatura fantástica*: una obra «desconcertante» y «caprichosa»”, Daniel Zavala justifica el orden desordenado de la colección y las decisiones de los antólogos en un contexto hostil en que los pretendidos *Cuentos irreales* (título que Borges habría propuesto inicialmente), luego convertidos en la *Antología*, representaba un abierto desafío contra las formas enquistadas de la literatura argentina de la época. El esfuerzo de Zavala Medina me parece más que meritorio, por lo que debe considerarse una lectura obligada para quien discurra sobre el género fantástico, en general, y la narrativa borgeana, en particular.

Por cierto, al terminar de leer, me extrañó no hallar citados, siquiera referidos, dos teóricos desde los que, a mi juicio, Daniel Zavala lee

el proceso de recanonización en la literatura Argentina de los años treinta: Pierre Bourdieu y Pascale Casanova. Asimismo, considero que bien pudiera haber consultado la revista *Megáfono*, donde se publica una encuesta sobre Borges a propósito de la publicación de *Discusión* (1932) o *Sur*, por ejemplo, para el caso del *Desagravio a Borges*, tan decisivo para la historia de la literatura como para la del autor estudiado, y no sólo referirlo de *Borges ante la crítica argentina*, de María Luisa Bastos. Imagino que no todo sobre Borges es tan accesible como lo he expresado muchas veces.

Ahora, cierro el círculo. El espíritu subversivo, y hasta iconoclasta, del joven Borges halló un espacio inmejorable en las tertulias sabatinas del Café Colonial en que *oficiaba* Cansinos Assens. Ahí debatían los contertulios sobre literatura, filosofía y otras ramas del saber. En una de las sesiones, Georgie entrevió las posibilidades literarias de la teoría de la relatividad. Dos registros epistolares pueden ilustrar su práctica sediciosa no sólo frente a la literatura, sino frente a otros sistemas simbólicos en los que halló analogías que, con el tiempo, le permitieron renovar la tradición. No sólo ensancha los márgenes genéricos: echa mano de otros modos de conocimiento, incluidos la ciencia y la filosofía, para ampliar los límites de la literatura y sus clasificaciones genéricas. Véase el entusiasmo con que escribe, el 30 de octubre de 1920, a Jacobo Sureda:

Mientras tanto, sigo los rieles de las ñoñerías cotidianas, y los artículos sobre las teorías de Einstein respecto a la cuarta dimensión. Una cosa interesantísima y fantástica: un espléndido castillo de naipes lógico.

Un día después, el 1 de noviembre, relata este descubrimiento colectivo a Maurice Abramowicz con mayor detalle:

Además, en el Círculo, infinitas discusiones sobre la cuarta dimensión y las teorías de Einstein. Aquí no se habla sino de las ideaciones espléndidamente fantasiosas de ese genial israelita y de la muerte del alcalde de Cork. ¿Qué dicen en Ginebra de estos temas? Aquí todo el mundo está indignado contra Lloyd George. Como ultraísta y kantiano, creo en la cuarta dimensión.

La fascinación de Borges por las teorías einstenianas, y en especial por la cuarta dimensión, resulta un barrunto de lo que luego hará de manera sistemática en toda su obra: usar teorías, prácticas, estilos, espacios editoriales, géneros, prestigiosos o no, para reactualizarlos en su propio discurso, en ocasiones confundidos en una abigarrada síntesis expositiva en que eficacia sintáctica, discusión teológica, filosofía, género policial y parodia, por citar los planos más evidentes, conforman un relato como “La muerte y la brújula”. Así, que califi-

que las teorías de Einstein como “cosa interesantísima y fantástica” o “ideaciones espléndidamente fantasiosas”, no significa que Borges se hubiera dado cuenta en ese momento de lo radical de su afirmación, y ni siquiera puedo afirmar que *fantástica* o *fantasiosas* tuvieran la connotación que adquirieron en los años treinta y cuarenta dentro de la poética borgeana.

Lo fundamental de tan remota discusión radica en que Borges escribe, 50 años después, un relato donde la tercera y la cuarta dimensión libran una batalla por el mundo, como queda simbolizado por la coexistencia de dos objetos desterrados de la Casa Colorada, en “*There are more things...*”: “Recordé con tristeza los diagramas de los volúmenes de Hinton y la gran esfera terráquea”. Que ambos objetos hayan ido a parar al Camino de las Tropas no me parece accidental. Así, aceptar que la filosofía es una rama de la literatura fantástica equivale a lo que Borges declara en “La cuarta dimensión”, publicado en *Crítica* en 1932:

Queda un hecho innegable. Rehusar la cuarta dimensión es limitar el mundo; afirmarla es enriquecerlo. Mediante la tercera dimensión, la dimensión de altura, un punto encarcelado en un círculo puede huir sin tocar la circunferencia; mediante la cuarta dimensión, la no imaginable, un hombre encarcelado en un calabozo podría salir, sin atravesar el techo, el piso o los muros.

ANTONIO CAJERO VÁZQUEZ
El Colegio de San Luis

ROSE CORRAL (ed.), *Presencia de Juan Carlos Onetti: Homenaje en el centenario de su nacimiento (1909-2009)*. El Colegio de México, México, 2012; 287 pp. (Serie *Estudios de Lingüística y Literatura, Cátedra Jaime Torres Bodet*, 60).

Presencia de Juan Carlos Onetti reúne trece textos críticos sobre la obra del autor nacido en Montevideo. “Sugerente” es el adjetivo más adecuado para este conjunto de visiones y métodos de análisis que fue compilado, revisado y editado por Rose Corral con el motivo que anuncia el título de la publicación: el Homenaje a Juan Carlos Onetti (1909-1994) en el centenario de su nacimiento, llevado a cabo los días 3 y 4 de febrero de 2009 en El Colegio de México.

Si bien “siempre hay algo que no se dice” –escribió Onetti en su correspondencia con el crítico de arte argentino Julio E. Payró¹, los

¹ JUAN CARLOS ONETTI, *Cartas de un joven escritor. Correspondencia con Julio E. Payró*, ed. crítica, est. prel. y notas de Hugo J. Verani, Era-LOM-Trilce, México, 2009, p. 48.